

DEL SOMONTANO ALTOARAGONES

UN REPENTE DE LOS GÜENOS

Por SALVADOR MARIA DE AYERBE

I

SENTADA sobre el alféizar de la ventana, y con medio pan y un cuchillo entre las manos, cortaba afanosamente «unas hojas de sopas» para la cena cierta mujer anciana cuya silueta encorvada se recortaba, a contraluz, en el improvisado marco de aquélla. A pocos pasos, crepitaba la lumbre en el fogón bajo de la cocina, rodeada de las «cadieras», donde se apretujaban, sobrepuestos, algunos gatos cerca de un perro tumbado y soñoliento, con los ojos entreabiertos. Un vaho caliginoso que llegaba del exterior, hacía todavía más densa la cargada atmósfera del recinto, iluminado por las postreras luces del véspero, mientras que el monorrítmico sonsonete de las cigarras, entre los olivares lejanos, reforzaba considerablemente la pesadumbre. Hasta el punto de que, abandonando su tarea doméstica, la señá Librada, protagonista del presente relato, se dejó caer pesadamente sobre una silla próxima, suspirando en voz alta:

— ¡Amos, tres horas guallardas p'aclarar los jabonaus y regar la rasa de los tomateros! Si estas mujeres d'hoy en día, no tienen rasmia ni gobierno pa cosa. ¡Qué poco pa dir chafardiando, de casa en casa, sin conisión ni sustancia...! Y aun dirán de fer juvenes... Si a tiempo m'estase, no habría otorgau pa casar en casa al mío entenau, dimpués de dispreciame a Carmeta por semajante cochamandrera. ¡Más que cochamandrera!

Porque ha de saber el lector que, viuda con una hija y obligada por la necesidad, pasó aquella mujer a contraer nuevas nupcias en la casa donde la muerte había, prematuramente, dejado el tálamo semivacío y a un huerfanito en mantillas: niños ambos llamados, años después, a unirse

en matrimonio según los designios de sus padres respectivos y la tradicional costumbre del país. Proyectos venidos al suelo, andando el tiempo, a juzgar por las últimas frases del soliloquio de la anciana:

—Otro gallo me cantara al presente... ¡Masiau que sí! Pus q'en cuenta de la joven nuestra, tan leída, estaría Carmeta n'esta casa—se lamentó de nuevo—. Y yo dueña ausoluta de todo lo de casa, verde y seco, y no una criada sin salario como al presente. Antiparte del chorrillo de llevar a cuestas a los del Pelaire, y sustener dos fuegos como quien dice... Pero... ¡Q'himos de fer! Porque es el caso de mirar de sacalos a puerto. Probe Carmeta mía tan pajariquera de doncella, y antiparte l'año que le tocó de ser mairalesa. ¡Qué maja y q'aparente q'estaba, vestida de seda color de pansa! ¡Paicia una imagen, tan blanca y tan fina! ¡Esferencia de lo chafada q'está n'el día!

Carmen Bagüeste y Eloy Olivera al cuidado maternal y adoptivo, respectivamente, de la niña Librada, vieron transcurrir, apaciblemente, los risueños días de su infancia. Juntos correteaban «juando a clu», o sea al escondite, por los alrededores de su casa y con otros niños del vecindario. A porfía iban a «levantar» los huevos de los «ponedores» del corral y la cuadra, entregándoselos a la madre con ruidosas demostraciones de un candoroso entusiasmo. O se distraían fingiendo que plantaban sus huertecillos, que regaban cuidadosamente y cercaban, luego, con hileras de piedras. Ya mayorcitos, fueron entrambos a la escuela mixta del lugarejo, de donde salían al mediodía y por la tarde, para, respectivamente, llevar la comida al tajo de su padre, o apacentar el ganado hasta el anochecer. Un intenso cariño mutuo se fue adentrando profundamente en sus almas, por completo ajeno a otras inclinaciones que no fuesen las puramente fraternas. Y así cuando, de mozos, ella fue mairalesa y a él le correspondió ser su acompañante y portador de la salvilla, en la ronda del segundo día de la fiesta mayor, cualquiera los tomara por dos auténticos y entrañables hermanos. ¡Incluso ellos mismos cuando, en una ocasión, hubieron de enredársele las blondas de la mantilla de Carmeta en la manga derecha de Eloy, recibiendo éste, en castigo, unos suaves golpecitos sobre las sienes con las caladas guardas del abanico...! De ahí la estupefacción, primero, y el desencanto, luego, que experimentó el mozo al escuchar de su padre cierto día unas extrañas proposiciones de casamiento con aquella a la que siempre había querido y considerado como hermana.

Verdad era que, ya en la escuela, le había chocado desde niño la circunstancia extraña de que al oírse citar por el maestro en voz alta, al

pasar lista, fueran sus respectivos apellidos totalmente distintos. ¿Cómo, si eran hermanos? En vano pidió el niño una aclaración a la que tenía por madre, estrechándola con preguntas capciosamente ingenuas. Mas la siñá Librada supo esquivarlas, asegurándole que si a entrambos sus padres los querían lo mismo, era en definitiva por ser hermanos. Pues en cuanto a lo demás, debíase indudablemente a «un entivoco del señor maestro». El pequeño Eloy asintió por aquella vez, aunque no convencido, y alejóse meditabundo. Así, en semejantes dudas y vaguedades, habían transcurrido bastantes años hasta llegar al desenlace funesto para los secretos planes de aquélla, tendentes a la boda de Carmeta y Eloy. Y que un hado adverso impedía. ¡Porque si es cierto que en los corazones de ambos latía un cariño mutuo, entrañable, nada tenía naturalmente de sensual!

II

Entretanto un nuevo personaje se reinstalaba en el ruedo rústico, que parecía haberle olvidado durante su pasajero eclipse de quintas: era el mozo de casa del «Pelaire» que, por cierto, ejercía el oficio de colchoner vinculado a su familia, por laboriosa tradición, desde inmemorial. Martín Sanjuste, que así se llamaba, no tardó en ser la pareja predilecta de Carmeta en los bailes públicos; rondador de su agrado que le dedicaba inspiradas coplas originales y compañero de romerías a la Virgen de Sescún y a San Cosme. Y, en definitiva, el consolador del fracaso casamentero de la siñá Librada que, a falta de acomodo mejor, se apresuró a facilitar el logro de las amorosas pretensiones del galán. Menos mal que lo que no iba en lágrimas, o sea en un patrimonio decoroso que alcanzar, iba en suspiros que ahorrarse, puesto que el Sanjuste, huérfano y solo, no ofrecía a su futura esposa la frecuente perspectiva de un doméstico porvenir angustiado, con suegros malhumorados que soportar y cuñadas entrometidas que dotar «al haber y poder de la casa». La boda se preparó y realizó con un alarde de rapidez y «a toda la pompa» que no escatimaron ambas casas, a instancias de la siñá Librada decidida a superar, ya en ciernes, a la futura boda de su entenado el heredero.

Después de consumido «el pan de la boda» o sea pasado el tópico burgués de la luna de miel, comenzaron los días grises de una existencia algo dura para los nuevos cónyuges. Martín alternaba las faenas

agrícolas con las privativas de su oficio que, al aproximarse la fiesta mayor y las de los lugares del contorno, adquirirían un ritmo de vértigo «parando colchones» a diestro y siniestro, en previsión de la visita de forasteros distinguidos. Ya que los excedentes solían dormir donde podían—los pajares incluso—y allí cualquiera resultaba aprendiz, por lo menos, en el oficio de Martín. Los años malos por deficitarias cosechas, o por desocupación y exceso de mano de obra—que también los había en aquellos tiempos—, paliábalos la siñá Librada cuanto podía proveyendo al hogar de su hija con lo indispensable, y a espaldas de su nuera, a fin de que los «pensamientos e imaginaciones» del supuesto yantar del Avendaño cervantino de «la ilustre fregona» no flagelasen también a los del Pelaire. Pues por algo era la «dueña Mayor» y tenía «el señorío y administración» de los bienes domésticos que se había reservado, prudentemente, al redactarse las capitulaciones matrimoniales del entonado y heredero. Mas con eso y con todo, la precaución y el disimulo eran aliados poderosos de la nocturnidad bienhechora, que favorecían las expediciones de aquellos alijos de una casa a la otra.

—¡Si bel día esta cochamandrerera s'apercibise...! No dejaríanos de tener güen recuerdo en casa nuestra—había pensado, alguna vez, la siñá Librada.

Mas como el porfiado mendigo que, una vez y otra, implora la caridad pública, tampoco ella abandonaba aquel noble empeño de su corazón maternal. Y continuaba ayudando a la familia de su hija, transportando a casa del Pelaire aquellos artículos alimenticios más imprescindibles. Cierta brumosa noche otoñal caminaba cautelosamente por las callejuelas del pueblo, con el cántaro bajo el brazo, mientras que con la mano libre del otro iba tanteando los zócalos de las casas cual si buscara un leve apoyo, o alguna probable orientación. De vez en cuando volvía a mirar hacia atrás, temerosa de que la siguiesen, y apretaba más el paso si vislumbraba algún ser viviente en su misma ruta.

—¡Una miaja de tardes s'encamina ta fuente, siñá Librada...! Cuasi no verá pa llenar el cantaró —la saludó una oficiosa.

Balbuceó aquélla unas excusas en voz tan baja que parecía poco menos que ininteligible, y ni siquiera se detuvo a proseguir la charla. Pero lo extraño fue que al doblar una esquina próxima, desde la que se veía, inmediata, la fuente, pasase de largo no sin hacer, antes, una rápida inspección ocular. Mas, a Dios gracias, todavía era pronto para la segunda abrevada de las yuntas, y se hallaba aquella rinconada desierta. ¿Hacia dónde iría, pues, con el cántaro? La pobre anciana jadeaba. Y

provechosamente, por cierto, puesto que ya se hallaba junto a la meta, representada por el portal de casa del Pelaire en perspectiva. Presto iban a concluir sus apuros. Pero he ahí que, bajo aquel dintel, aparecía súbitamente su nuera, llevando de la mano al más pequeño de sus sobrinos y nieto a su vez de la siñá Librada. ¿Qué hacer, Dios mío, en tan angustiosa situación? Porque lo grave del caso consistía en que el contenido era nada menos que medio cántaro de vino, destinado a los del Pelaire por la maternal solicitud de aquélla. ¿Cómo salir del atolladero? En esto que el chicuelo embarullaba, todavía más, el incidente gimiendo:

—Agua, yaya... ¡M'en dé agua!

—¿Pus que no has bebíu arriba?—le apostrofó, oportunamente, su tía.

Pero el mocosuelo insistía:

—Agua, yaya... ¡Sisquiera un goted!

A lo que, replicando la aludida, con oportunidad manifiesta, tuvo «un repente de los güenos»:

—¡Emposible, nino...! Y lo siento... ¿No véis que yé pa la pastura de los fragencos, y la hi pociau del abrevador...? Sóbitene con yo, y beberás a qué quieras.

Su nieto aceptó al punto. Dió la mano a la siñá Librada y ambos desaparecieron escaleras arriba. ¡Más jubilosa todavía la abuela, que respiró libre de pesares viendo salvado el contrabando!

